



Si mañana hubiera un gran cataclismo y un mar de lava sepultara a la refinería El Palito y 10.000 años más tarde la encontrarán unos arqueólogos y descubrirían ese gran amasijo de tambores y cañerías derruidas, y por esas cosas del destino descubrirían un carro, que en el momento de la tragedia iba pasando frente a El Palito, y en ese carro -por esas cosas del destino- descubrirían que iba Román Chalbaud comiendo una reina pepiada y que en el asiento del lado llevaba un cuatro y un cassette de Simón Díaz y una copia de "El Pez que Fuma" y que en la maleta del carro se encontrarán un Betacam con programas de Marcel Granier entrevistando a Olavarría, una pintura de Reverón y una copia de "En Busca del Tiempo Perdido" de Marcel Proust, y se pusieran a estudiar todo aquello, es seguro que rápidamente descubrirían para qué era la refinería, cómo y con qué energía el carro se movía, cómo se vestían los primitivos de aquella época (la nuestra), de qué estaban hechas sus vestiduras, y

cómo era el dinero de la época (analizando los centavos que llevaba Román, que no eran muchos porque los cineastas no cargan mucho real). También descubrirían que llevaba zapatos y que éstos como la ropa, el carro, el motor del carro, el corte de pelo, los cigarrillos, los chicles, las tarjetas de crédito y la agenda electrónica denotaban cierto desarrollo tecnológico primitivo y, definitivamente, ubicarían a este "señor petrificado comiendo arepa", como un hombre que vivió entre los S. XX y XXI en el que ese nivel tecnológico descubierto, era similar y abundante en casi todo el planeta.

Pero cuando entraran a estudiar el contenido del carro, la reina pepiada, el cuatro, el cassette de Simón Díaz, la pintura de Reverón, el programa de Marcel Granier, etc. entonces los señores arqueólogos, sólo entonces, descubrirían que aquellos restos petrificados pertenecían a un país que se llamaba Venezuela. Y repito, sólo entonces, por-

que a la larga una reina pepiada es más venezolana que el petróleo.

El petrolero es más importante, global -para usar un término de moda- sostiene, por ahora, el desarrollo de nuestras sociedades, es el que mueve, en el sentido figurado y real, el mundo actual, hace temblar a las bolsas de valores del orbe, provoca guerras, inspira grandes obras literarias, etc. Pero, la reina pepiada sigue siendo más venezolana que el petróleo.

Nadie cuando llena el tanque de su carro en EE.UU. o en Tasmania dice "¡oh, gasolina venezolana!", pero con una reina pepiada no queda otro remedio que reconocer a Venezuela en esta sabrosa y cotidiana invención. Porque la identidad de un país la dan sus particularidades culturales, sumadas -evidentemente- al resto de sus coordenadas sociales, políticas, administrativas, geográficas, productivas. Sumadas. Porque si a estos ingredientes se le restan la cultura y las artes, tendremos un "resultado", un "producto", sin relieve, sin encanto, sin personalidad y con un corazón débil, casi transparente, tan distinto a lo que es Venezuela. Y en general, sería como quitarle al mundo la música que, "aunque no sirve para nada", sirve para todo.

No quiero decir que el carro petrificado de Chalbaud y sus contenidos culturales y artísticos representen a Venezuela entera. No. Pero sí la comienzan a dibujar con mayor autoridad que los productos industriales que encuentran en el maltrecho carro.

Con Reverón y su eminencia creativa, conocerían, a la primera mirada, la luz y el color de Venezuela, una segunda mirada descubriría que ese talento ilimitado contiene entre sus trazos parte del alma nacional. Con el cuatro y el cassette de Simón Díaz descubrirían la Venezuela de la música, sospecharían los llanos, vislumbrarían la poesía en las tonadas y algunas medias nostalgias y penas de amores.

# Cataclismo Cultural

La reina pepiada como expresión culinaria develaría el talento venezolano para crear comidas exquisitas a partir de su tierra. El programa de Granier entrevistando a Olavarría daría un ejemplo posible de las capacidades intelectuales y las cualidades retóricas en los venezolanos, aunque, estoy seguro, no todos los arqueólogos estarían de acuerdo con los contenidos.

Inevitablemente, el ejemplar de "En Busca del Tiempo Perdido" plantearía un problema de interpretación y algunas cejas levantadas de nuestros arqueólogos del futuro, sobre todo si el paso de los siglos hubiera borrado el Proust y su autor sólo se identificara como Marcel. Entonces, en un comienzo crearían que era un libro de Marcel Granier por las proximidades casuales del libro y del vídeo, pero luego, inmediatamente, a la primera lectura entenderían que no es así, que los contenidos del libro son muy distintos que las características expresivas: el lenguaje, los intereses, el uso tiempo, la época reflejada, la sensibilidad de ese libro pertenecían a otra cultura y definitivamente a otro autor, en otro momento de otra sociedad, y alguien se aventuraría a decir: "parece francés".

Quiero decir, con todo esto, que la cultura y dentro de ésta la expresión artística -teatro, literatura, pintura, danza, música, cine, etc.- son fundamentales en una sociedad.

No resuelven problemas importantes y puntuales como la inflación, la falta de agua, la pobreza, la salud, etc. Pero definen las facciones de un país, expresan y delinear el alma de una sociedad, mantienen viva la memoria histórica y afectiva de una nación. ¿Quién puede hablar de la época Isabelina sin hablar de Shakespeare y Marlowe? ¿Cómo se puede comprender esa época omitiendo su teatro? Y la memoria sirve de detonante para la reflexión, compañera obligada e ineludible del más importante de los procesos del hombre: la educación.

Cuando entramos en la biblioteca de la Universidad de California en Berkeley, las 36 piezas teatrales de Shakespeare ocupan un solo pequeño y específico estante, pero lo que se ha escrito y reflexionado sobre ellas en las distintas épocas, interpretándolas desde el punto de vista social, político, psicológico, estructural, lingüístico, existencial, sociológico, etc., ocupa decenas de estantes y siguen llegando obras, porque los tiempos se prueban con las tragedias y comedias de este dramaturgo inglés. Insisto -inglés- el gentilicio va con el autor y su obra. Shakespeare, en otras palabras, ha hecho pensar al mundo, con su poesía y su teatro, como medio y tribuna y se ha encargado "sin querer queriendo" de mostrar al mundo su Inglaterra.

Con toda expresión artística ocurre, en mayor o menor medida, lo mismo. Es un resultado que, si bien el creador no lo busca, la obra lo contiene.

Volvamos al "hombre petrificado comiendo arepa". Y entonces, encuentran en la maleta del carro de Román una copia de "El pez que fuma", y ninguno de nuestros imaginarios arqueólogos pueden dejar de reconocer que esta película es la huella más clara y más directa de asomarse a Venezuela y a los venezolanos. Porque el cine obtiene su esencia, su identidad, de la suma de las artes, de la suma de las realidades, utiliza la luz como herramienta y la literatura como base, se acerca a la pintura, consulta con la escultura, investiga desde el periodismo, se acompaña con la música, mueve sus piezas a partir de la danza y, por sobre todas las cosas, usa al hombre y a la imagen de la sociedad en que éste se mueve -sus dramas, contradicciones y enfrentamientos- como elementos protagónicos, como gramática indispensable para existir como arte y obtener ese producto único que es la obra cinematográfica.

Así es el cine. Casi imposible de definir. Porque, además, tiene la capacidad de vigilar, construir, inmiscuirse, incluso atacar, comentar y ser mensajero y representar la sociedad que lo produce.

La Italia de Fellini, más la Italia de De Sica, más la Italia de Bertolucci, más la Italia de Visconti por sólo nombrar algunos, nos acerca a una Italia real pensante, viva, productiva. El público del mundo que ve esas películas en la televisión y en el cine, está integrado por amas de casa, industriales, políticos, estudiantes que "aprehenden" del hecho artístico no sólo la historia, sino el país completo. De acuerdo a los ojos con que se mire, el cine asoma, sin duda, la creatividad de un país, su sensibilidad, pero también su poder industrial, su nivel técnico. Porque el cine, además, comunica e informa.

Preocupa -para concluir- el momento actual. Son tantos los problemas, tan profunda la crisis, que se puede caer en la tentación de sentir que este aspecto de la vida nacional puede ser prescindible, postergable "por ahora".

En realidad es a la inversa. Mientras más crisis, se necesitan más antenas, más creatividad, más sensibilidad social, más discusión, más educación; por esto, aunque sea sólo por esto, un gobierno que cree en el progreso hace lo necesario para poner las artes y la cultura al servicio del país y sus problemas.

El cine nacional necesita de la "dignidad" que el Presidente Chávez está, con toda razón, promoviendo para el país. El cine venezolano, para que se desarrolle de manera proporcional al talento que contiene, necesita sin lugar a dudas del apoyo del gobierno, necesita que los dirigentes del país tomen conciencia de la importancia de esta experiencia artística nacional, de la misma manera que lo están haciendo otros países como Brasil, Argentina o México, que legislan para apoyar en forma real su producción cinematográfica y audiovisual, conscientes de la importancia que ésta se merece, en tanto que promueve y proyecta al país.

---

**PABLO DE LA BARRA**  
Cineasta venezolano